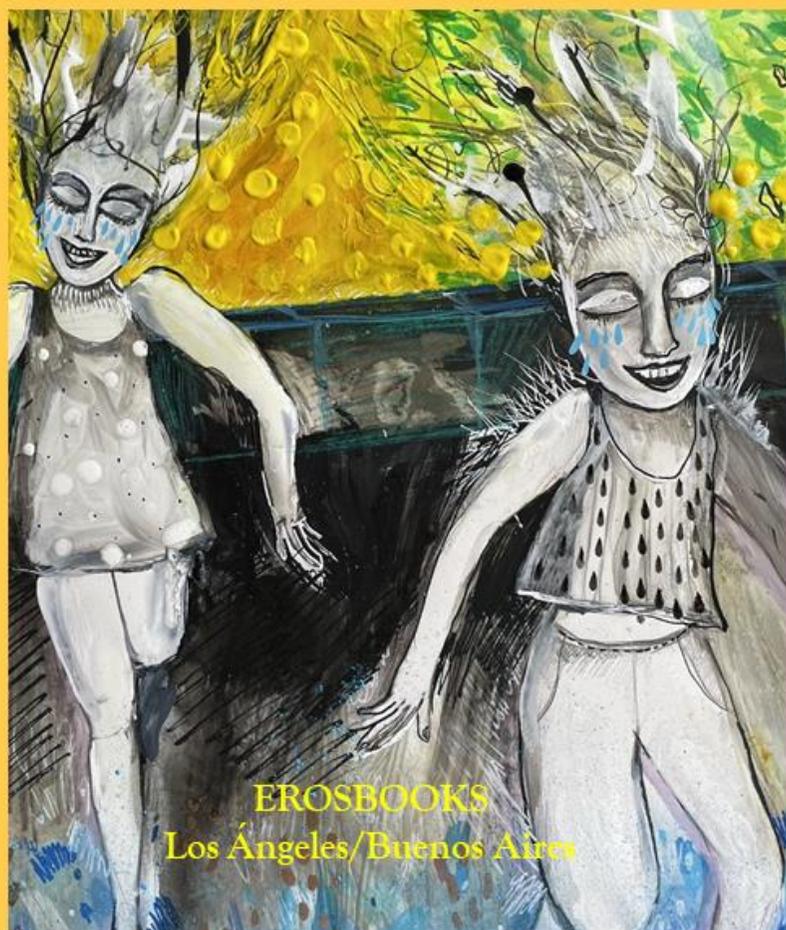


Des-amparo

Mariana Roldán Suárez



Des-amparo

Mariana Roldán Suárez

Des-amparo



Los Ángeles, U.S.A. - Buenos Aires, Argentina
2024

Des-amparo

ISBN 978-1-304-17249-5

Ilustración de tapa: Luciana Amado

Diseño de tapa: *Argus-a*.

© Mariana Roldán Suárez 2024

All rights reserved. This book or any portion thereof may not be reproduced or used in any manner whatsoever without the express written permission of the publisher except for the use of brief quotations in a book review or scholarly journal.

**ErosBooks – Editorial *Argus-a* Artes y Humanidades / Arts & Humanities
Argusa Artes y Humanidades / Arts & Humanities L.L.C.**

1414 Countrywood Ave. # 90

Hacienda Heights, California 91745

U.S.A.

argus.a.org@gmail.com

Des-amparo

A Ignacio por su amor
A mis hijos por inventar para mí la ternura
A mis padres y hermanas por las historias que nos unen

Des-amparo

Tú fuiste quien me enseñó la ternura de la vida, mi Portuga querido.

*Hoy soy yo el que tiene que distribuir las bolitas y las figuritas,
porque la vida sin ternura no vale gran cosa. A veces soy feliz en mi ternura,
a veces me engaño, lo que es más común. En aquel tiempo...*

*En el tiempo de nuestro tiempo, no sabía que muchos años antes un Príncipe Idiota,
arrodillado frente a un altar, preguntaba a los iconos, con los ojos llenos de lágrimas:*

¿POR QUE LES CUENTAN COSAS A LAS CRIATURITAS?"

*Y la verdad es, mi querido Portuga, que a mí me contaron las cosas
demasiado pronto. ¡Adiós!*

Mi planta de Naranja Lima
José Mauro de Vasconcelos

Índice

<i>Del otro lado</i>	1
Down Under	3
Limbo	9
Amadi	13
Margarita	17
<i>De este lado</i>	23
La guardia	25
Manicomio	29
Libros	31
Ezeiza	33
La dignidad de la memoria	35
Testigo	39
<i>Territorio de lo íntimo</i>	41
Dones	43
Infancia	45
Murciélagos	49
Ritos	51
Tiempo	53
La presencia del ausente	55
Fuego	59
Laberinto	63
<i>Final</i>	65
If I ever lost you	67

Des-amparo

DEL OTRO LADO

Down Under

Lo más difícil eran las miradas. Pensé que a ese desprecio jamás me acostumbraría.

Era extraña la sensación de estar casi recortada y superpuesta en una ciudad perfecta, de playmobil, en la que no encajaba ni lo haría nunca. Yo, del interior de un país subdesarrollado viviendo en la moderna Melbourne, donde aún se tomaba el five o'clock tea.

Había llegado hasta ahí movida por el amor y la desesperación, una dudosa combinación para tomar decisiones.

Ese país era para mí un continente oscuro, ni siquiera el inglés que hablaban se parecía al que recordaba haber estudiado en los manuales donde abundaban el Big Ben y el palacio de Buckingham ni al que escuchaba en las películas de Hollywood. Cuando decidimos emigrar cualquier lugar nos parecía más apropiado como telón de fondo de nuestra apasionada historia de amor, que la vieja casa que compartíamos con otra pareja de amigos. Al principio ese nuevo país me deslumbró. Todo parecía estar en su lugar. Limpio. Ordenado. Pulcro. Claro que el detrás de escena siempre tarda un poco en aparecer.

El primer departamento que conseguimos alquilar era un monoambiente con la alfombra manchada en un barrio de inmigrantes. Eran cinco unidades, una pegada a la otra en planta baja y con pequeños jardines.

En el primer departamento vivía una pareja de Macedonia llegados con la inmigración de los Balcanes cuando fue la guerra. Ninguno de los

dos había conseguido aprender más que un puñado de palabras en inglés, suficientes para la marginalidad y miseria en la que vivían.

En el departamento contiguo vivía Rob, gay y chef australiano, que, por los comentarios que deslizaba, pertenecía a una familia de clase media acomodada que nunca aceptó su elección sexual.

En el tercero vivíamos nosotros.

En el departamento cuatro, vivía una pareja de chinos que atendían un puesto en el mercado local y antes del amanecer salían y regresaban bien entrada la noche.

Jamás abrían las ventanas ni levantaban la cabeza para caminar.

En el último vivía Janis, una joven vietnamita que se presentó un día en mi departamento diciendo: tengo esquizofrenia. A partir de ese día, una vez por semana iba a tomar un té conmigo. Los encuentros transcurrían en un silencio profundo, incapaces de encontrar un lenguaje común.

Las primeras semanas me dediqué a recorrer la ciudad. Entré a todos los museos y librerías. Cuando ya no pude estirar más la sensación de ser una turista y me decidí finalmente a desarmar la valija y reconocer que esa era mi nueva ciudad, no supe qué hacer. Me encerré por semanas a leer sin pausa. Encontré en la biblioteca libros en italiano, idioma que había aprendido en la adolescencia en un intercambio.

Toda la obra de *Calvino*, *Pirandello*, en idioma original. Un verdadero tesoro que me tendría al resguardo de enfrentarme a la construcción de quién era ahí, como era eso de ser inmigrante sudamericana en un país anglosajón. Así es que cuando salía de la casa sólo era capaz de hablar en italiano. Les decía *buon giorno* a los chinos vecinos y me pasaba horas en el mercado hablando con los puesteros italianos.

Des-amparo

Alargando lo más que podía ese limbo idiomático que me había armado.

Sabía muy bien cómo era la sensación de no pertenecer, me había ocurrido cuando viví en Buenos Aires. Excepto que aquí la sensación era más profunda y se tornaba en una experiencia palpable cuando cada quince días nos amontonábamos con Rafael en las oficinas de la seguridad social para cobrar el subsidio que nos permitía mantenernos al límite. En el espejo que nos devolvían esos otros cuerpos excluidos empecé a mirarme. Muchos eran australianos blancos marginados, incluso existía una palabra para nombrarlos, eran los white trash, la basura blanca, los que desmentían que con esfuerzo todos podían lograr lo que se propusieran. Estaban también los inmigrantes y sus hijos, nacidos ya en Australia, pero para quienes también había una nominación, los wok. Ese reflejo me devolvía la realidad de que hiciera lo que hiciese, iba a ser muy difícil participar de los privilegios de vivir en esa gran ciudad. Para mí y los de mi clase estaban los suburbios a kilómetros del mar, barrios grises y melancólicos que no compartían el glamour de la gran urbe. Para nosotros estaban las tiendas de Salvation Army y la basura que descartaban los ricos de sus casas.

Efectivamente descubrí que había un mundo escondido en la basura que tiraban los blancos. Habitaciones enteras montadas sobre la vereda. Sillones, mesas, camas, lavarropas, vajilla. Resultaba inentendible a mis ojos que fuera posible descartar así objetos sólo porque estaban pasados de moda. Ya no se usaban más los sillones estampados con flores y entonces simplemente se los arrojaba a la calle.

Amoblamos nuestro pequeño hogar con esos restos que para nosotros constituían los mejores muebles que hubiéramos podido tener.

Comencé un curso de inglés para residentes temporales. Cuando llegué a la primer clase pensé que Babilonia, de existir, luciría exactamente así. Había ucranianos, búlgaros, griegos, somalíes, macedonios, sirios, iraquíes, colombianos, sudaneses.

Chicas jóvenes, mujeres maduras, hombres de mediana edad, un grupo tan heterogéneo como hubiera sido posible armar. Decidí sentarme cerca de tres chicas que hablaban un idioma que me resultó tan extraño que la atracción fue inmediata.

Eran griegas. Todas habían ido a Australia movidas por el amor y la desesperación. Al parecer ese cóctel era más común de lo que había supuesto.

Una de ellas, Margarita, me conmovió particularmente. No lograba hablar de su vida en Australia sin que sus hermosos ojos azules se llenaran de lágrimas. “Australia te roba el alma” era la frase con la que remataba siempre sus desgracias.

Poco a poco entendí que lo que te roba el alma es estar lejos de los olores, los ruidos, la musicalidad de la lengua propia. Los migrantes eran verdaderos zombis.

Jamás se integrarían verdaderamente a la vida de la ciudad. La multiculturalidad, con la que se vanagloriaban los nacionales, era la de llenar barrios de los suburbios con inmigrantes, que se transformaban en verdaderos guetos. Así era Footscray, un barrio de africanos que deambulaban por las calles sin ninguna ocupación, vestidos con los trajes típicos de sus países, con la tristeza del que sabe que jamás volverá a su tierra y tampoco tendrá las oportunidades de armar una nueva vida.

Des-amparo

Se podía saber el destino de los nuevos migrantes observando lo ocurrido con las migraciones anteriores. Así estaban como capas superpuestas las sucesivas migraciones que habían llegado al país sin jamás mezclarse. Estaban los italianos de la segunda guerra mundial y su descendencia que aún hablaban su idioma y mantenían sus costumbres como si hubieran descendido hacía unas semanas de los barcos, también los griegos, los serbios, croatas, macedonios, africanos de los diferentes conflictos acaecidos, iraquíes, y un largo etcétera. Excepto honrosas excepciones todos los demás inmigrantes habían mantenido su condición. Había una Australia que sólo era para los anglosajones y sus descendientes.

Decidí que esa no sería mi patria. Sabía que volver era la única opción y aguardé paciente hasta que nuevos vientos corrieran en mi tierra.

Limbo

Cada mañana me era preciso amanecer lentamente, ir entrando en el mundo de a poco. Respirar hondo, abrir los ojos. Algunas veces me olvidaba que vivía allí. Los primeros segundos tenía la vaga sensación de que aún estaba en mi país.

Cuando decidimos aventurarnos, Australia me resultaba un lugar exótico, indómito. Hasta pronunciar ese nombre me otorgaba un placer inusitado. Dejaba deslizar las letras despacito por mi boca mientras imaginaba amplias playas y mar calmo.

Los primeros meses decidí esperar, darle una chance, explorar. Me dedicaba, casi como lo hubiera hecho un arqueólogo en unas ruinas, a observar, recortarme por fuera de las escenas cotidianas de esa ciudad en la que aún no habitaba. Era extraña esa sensación, porque en efecto, ya no vivía en ese lejanísimo país del que había emigrado, pero era casi como si tampoco hubiera llegado aquí. Estaba en un interregno. Un limbo que me ponía por fuera de cualquier posibilidad de interacción. Después descubrí que esa era la condición casi permanente de la mayoría de los inmigrantes, sin importar cuál era el plazo de tiempo que llevaran viviendo allí.

Elegía alguna esquina, un banco de una plaza, un café y me sentaba por horas a observar, intentar entender las interacciones, la manera en la que los ciudadanos de ese lugar usaban el espacio público. Por otra parte, el idioma que hablaban me resultaba extraño. Algo en la pronunciación, en la acentuación lo transformaba en un lenguaje extraño y sin pausas, como si una continuidad de palabras, pegoteadas entre sí, salieran de las bocas de los transeúntes.

Algunas veces jugaba a ser turista. Me divertía mucho perdiéndome en las ferias y mercados, vagabundeaba en los museos. En esas raras ocasiones, trataba de hacer durar al máximo posible el momento de retornar a la realidad. No era turista. Vivía de manera permanente, como inmigrante, en ese país anglosajón que me despreciaba o me ignoraba, sensación que quizás era peor.

Éramos muchos los invisibles. Ese lugar había llevado al máximo la consigna de que el individuo era el absoluto responsable de lo que ocurriera con su destino. No importaban la historia, el contexto, las dificultades singulares. Cada quién estaba lanzado a triunfar a como diera lugar y si no lo lograba era culpable por eso. La mayoría de los inmigrantes entramos entonces en esa categoría. Fracasados. Perdedores. *Losers* como decían ellos. También los locales que engrosaban las largas filas que cobraban cada 15 días la seguridad social. Encarnando el lugar de desecho en el que la sociedad los había puesto. La rabia, la violencia con la que muchas veces interactuaban, no era más que el espejo, el reflejo de ese movimiento de expulsión del que eran objeto.

Recuerdo una escena que viví en un tren apenas a unos días de haber llegado. Era la primera vez que iba sola al centro de la gran ciudad. Vivíamos en los suburbios, en los márgenes de esa urbe que era moderna y vibrante para los que estaban incluidos. Debía viajar casi una hora en tren. En la parada siguiente a la que me subí entró un hombre que comenzó a gritar desaforadamente. Tardé unos minutos en volver inteligibles esos aullidos, hasta que pude entender que decía: I Will kill you. Mother fucker. Gritaba a nadie y a todos. Comenzó a pasearse a lo largo del vagón y alternadamente se paraba al lado de los pasajeros a gritar y ame-

Des-amparo

nazar. Absolutamente nadie se daba por aludido. Todos continuaron haciendo lo que hacían antes de que el hombre ingresara. Miraban el celular, leían un libro, dormitaban. Traté de encontrar alguna mirada cómplice, alguien que registrara junto conmigo esa escena que se encontraba en marcha. Nada. Nadie. Ese hombre era invisible. Gritaba para hacerse existir. En el colmo de la desesperación se denunció a sí mismo. Comenzó a tocar el botón para llamar a los guardias. Para que alguien viniera y le confirmara que aún tenía un cuerpo, que existía. Llegaron tres hombres de uniforme y lo rodearon. Uno se le acercó conteniéndolo por la espalda. Seguramente lo más parecido a un abrazo que había experimentado en mucho tiempo.

Cuando volvía a mi pequeño departamento y cerraba la puerta podía fingir que no estaba allí. Esos 40 metros cuadrados podían estar ubicados en cualquier lugar del mundo. Era la primera vez que teníamos una casa propia. Aunque alquilásemos. Era tan paradójico que pudiera sentir esa alegría liviana cuando estábamos juntos o incluso cuando lo esperaba. Me sentaba detrás de la ventana y cuando adivinaba su figura cruzando la entrada del edificio, mi corazón se aceleraba y sonreía. En silencio le abría la puerta y bailábamos. Siempre el mismo jazz. *How much do i love you? I'll tell you no lie, how deep is the ocean? How high is the sky? ... and if I ever lost you how much do I cry...* Esos instantes confirmaban lo que ya sabía. Nuestra tierra estaba lejos, complicada, no nos era posible aún volver.

El amor podía ser también una patria.

Amadi

Aún me sucede. Algunas noches sueño con fragmentos de ese relato que se me incrustó en la piel. Una y otra vez, cuando escucho historias traumáticas confirmo que la carga de dolor se traspasa. Es tal la intensidad, que escuchar lo acontecido se transforma en una película que pasa frente a nuestros ojos. Quien padeció una tragedia queda solo, recortado del mundo. Es preciso, entonces, entrar en la escena que partió esa vida en dos y compartir el dolor.

Para un espectador externo nuestra clase de inglés parecía un jovial y liviano encuentro de jóvenes de todas partes del mundo que habíamos decidido recomenzar la vida, en ese soleado y amigable país de amplias playas. Pero bastaba con escuchar las conversaciones que se suscitaban, los instantes de desesperación que se cruzaban por los ojos de los que allí estábamos, para saber que en verdad se trataba de otra cosa.

Un día, apenas unos meses de comenzada las clases, se sumó un nuevo compañero. Era callado y muy correcto. Se sentaba siempre en un rincón, aplicado y estudioso. En uno de los ejercicios me tocó hacer dupla con él. Así fue que comenzamos a hablar. Era africano, de Sudán. Se llamaba Amadi.

Comencé con las preguntas de rigor cuando se conoce a alguien nuevo y ambos son inmigrantes. De dónde era, hacía cuánto que había llegado. Me frenó en seco apenas inicié la charla. Con una mirada glacial me advirtió que no siguiera, que no iba a contestar a ninguna de mis preguntas. Me quedé helada. Nunca me había pasado nada igual. No sabía que decir. Enseguida se disculpó y se le llenaron los ojos de lágrimas. Así

me anoticié de que una historia dramática se ocultaba detrás de su presencia en esas tierras.

A partir de ese día intercambiábamos saludos y frases cordiales. Nuestra amistad iba creciendo. Cierta mañana noté que estaba muy cansado, a duras penas podía mantener los ojos abiertos. Le pregunté si le pasaba algo. Me contestó que trabajaba por la tarde y hasta bien entrada la noche en un edificio de oficinas en el centro de la ciudad. Era una tarea muy pesada. Limpiaba pisos. Bajaba y subía la basura. Dejaba los vidrios relucientes. Era la mano invisible que borraba las huellas del día para que los empleados pudieran encontrar su lugar limpio y ordenado. Le pregunté si no era posible cambiar de trabajo, sabía que era contador porque lo había dicho en uno de los ejercicios de la clase de inglés. Quizás le hubiera sido posible revalidar su título y buscar trabajo como profesional. Me miró muy serio. Me dijo: ¿vos me miraste bien? Palabras que me hicieron echarle una ojeada de arriba abajo. No sabía que contestarle. No encontraba nada extraño. Repitió: ¿pero me miraste bien? Callé. Sabía que era así.

Otra vez coincidimos a la salida en la misma parada de colectivos y subimos juntos. Ambos íbamos al mercado de compras. Nos acompañamos a los distintos puestos de ventas y decidimos comer unas porciones de pizza. En un alto de nuestra conversación trivial, suspiró y se quedó en silencio. Ahí comenzó un extenso monólogo.

Arrancó diciéndome que había vivido toda su vida en Sudán. Trabajaba en un hotel 5 estrellas en las afueras de la ciudad, cerca del mar. Todos los días se levantaba muy temprano, viajaba casi una hora desde su casa y volvía a la noche. Tenía una mujer y dos hijos. De 4 y 2 años. Una tarde empezó a sentir gritos desgarradores en el lobby del hotel, gente que

Des-amparo

corría en todas direcciones. Grupos de hombres entraron y se cerraron las puertas. Al principio no entendía nada de lo que estaba pasando hasta que le pudieron transmitir que una guerra civil se acababa de desatar. Que estaban asesinando a miles en las calles, que era imposible volver sin arriesgar la vida. Una desesperación lo invadió. Comenzó a gritar y trató de abrir las puertas. Vociferaba los nombres alternados de su mujer y sus hijos. Pedía por favor lo dejaran salir. Sus compañeros lo fueron tranquilizando. De a poco fue pudiendo hacer entrar lo que estaba ocurriendo. No era posible volver.

El gerente del hotel ofreció sacar a los empleados en helicóptero y trasladarlos a refugios seguros. El dudaba. Lo convencieron diciéndole que, cuando la situación se calmara, le iba a ser posible averiguar qué pasó con su familia y reunirse con ellos. Aceptó y partieron. Estuvo dos meses en un campamento. Todas las noches ideaba planes para escapar y volver a Sudán. Intentó hablar con cada uno de los nuevos que llegaban por las dudas hubieran conocido a su familia y para que le transmitieran las noticias. Todo lo que escuchaba era desolador. Miles habían muerto. No habían distinguido a mujeres y niños en la matanza.

Fueron evacuando el campamento de refugiados por oleadas. A él le ofrecieron partir hacia Australia. Con el engaño, que decidía sostener, que desde allí hubiera sido posible saber de su familia y, en caso de que aún siguieran con vida, llevarlos con él.

Ahí estaba, mucho tiempo después. Se había ido esa mañana con lo puesto y eso era lo único que le quedaba.

Terminó el relato casi sin aliento. Había contado todo de un tirón. A mí me era imposible armarme, emitir un sonido. Lo miraba perpleja.

Mariana Roldán Suárez

Nos quedamos así en silencio. El comenzó a recitar en voz baja, casi como una plegaria, unas palabras en su idioma. Después de unos minutos me dijo que siempre hacía eso. Los invocaba, decía sus nombres, uno tras otro, en diferente orden.

Desde ese día una comunión se había armado entre nosotros.

Nunca más volvimos a hablar del tema.

Margarita

A menos de un mes de haber llegado debía comenzar clases obligatorias de inglés para residentes permanentes. Siempre había dicho, con cierto halo de superioridad, que nunca iba a estudiar ese idioma, que no era cierto que era necesario para vivir, que bien se podía continuar con la vida sin saber nada de él. Y allí estaba en la posición de tener que encontrarme con esa lengua.

Comencé en el nivel uno, por un par de meses y rápidamente reconecté con las tediosas clases de inglés del secundario que habían dejado un rudimento en mí. Tenía cierta urgencia de demostrar a la teacher que era un error que me encontrara en esa clase en la cual mis compañeros no habían casi escuchado el idioma anglosajón en su vida. Me generaba un tedio insoportable pasarme horas preguntando a mi vecino de banco cuál era su nombre, de dónde era, señalándolo a él cuándo decía you. Me esforcé en armar una frase inteligible y dirigirme a ella para pedirle me cambiara de curso. Después de un pequeño diálogo anotó en una ficha “fast learner” y me acompañó hasta el aula de la par. Cuando me paré en el umbral me acometió un segundo de inhibición, para recomponerme miré los rostros de mis futuros compañeros que se habían detenido en lo que estaban haciendo para mirar hacia la puerta. En completo silencio. Un rostro entre todos me convocó. Una mujer de mi edad más o menos, me sonreía, se volvía hacia otra chica que estaba a la par y, en un idioma que no había escuchado nunca, le dijo algo que por supuesto para mí era completamente incomprensible. Se pusieron a intercambiar frases y el sonido que emitían me cautivó. Era delicado, se deslizaba, no tenía entonaciones

bruscas. Inmediatamente decidí sentarme a la par de ellas. Me recibieron con total familiaridad. En apenas unos minutos nos pusimos al día de donde veníamos, qué hacíamos en Australia, hacía cuánto habíamos llegado. Entre frase y frase ellas intercalaban comentarios en ese idioma, que resultó ser el griego. Se me cruzó por la cabeza que esa debe haber sido la lengua en la que cantaban las sirenas que tanto cuidado puso Ulises para que no lo atraparan.

Desde ese momento, con Margarita, nos volvimos inseparables. Tal el nombre de mi rubia amiga griega. No se llega a dimensionar la importancia de un lazo con alguien, que pueda entender los estragos que genera el exilio, hasta que no estás en él. Nuestro tema de conversación preferido era lamentarnos por la frialdad de los anglosajones, comparar con la calidez de nuestra gente. Hablábamos horas a la salida del curso, en un inglés que no seguía ninguna de las normas gramaticales que se esforzaban en enseñarnos en el curso. Intercalábamos palabras en nuestras lenguas y algunas veces no lográbamos hacernos entender por lo que recurríamos al diccionario y nos mostrábamos la palabra en cuestión. Así es que había que hacer doble búsqueda. Mirábamos la palabra en inglés y nos dirigíamos al segundo diccionario para encontrar el significado. Esto lo hacíamos con premura, nos era urgente y necesario contar nuestras vidas, tendernos un puente.

Nuestras parejas trabajaban hasta bien entrada la tarde así que por lo general decidíamos ir juntas a alguna de las casas. Recuerdo nítidamente una tarde en la que nos acomodamos en el sillón del living, con un pote de helado en el medio, y me contó su infancia. Había nacido en un pequeño pueblito montañoso de Grecia. En el que no había escuela ni primaria ni secundaria que pudiera dar alguna clase de futuro. Sólo un aula en

el que hasta la edad de 8 años se mezclaban todos los que aún quedaban en el pueblo y pasaban las horas mientras sus padres trabajaban con los animales. A partir de esa edad, los niños de las familias que podían permitírselo partían para Tesalónica, que era la ciudad más cercana. Allí vivían en una escuela albergue hasta terminada la secundaria. Sólo regresaban en las vacaciones de invierno y verano. Me contaba lo duro que había sido para ella vivir en esa escuela. El largo y frío pabellón donde se amontonaban cuquetas. A ella le había tocado la cama de arriba y su único cielo fue el techo blanco y descascarado que casi le tocaba la cara. Sus otras dos hermanas habían partido cuando ella era muy chica por lo que casi no habían convivido. Se llevaban dos años entre sí. Cuando llegó al albergue creyó que se podría armar cierta familiaridad, un esbozo fraterno, pero la frialdad y el desdén con que la recibieron le hicieron perder toda esperanza. A esta altura del relato ya habían pasado varias horas. Una densa oscuridad nos cubría. Ninguna se levantó para prender la luz. Decidimos quedarnos así. Envueltas por las sombras. En penumbras.

Ella había conocido a Dimitri en su pueblo. Había vuelto después de 20 años al entierro de su abuelo. Ambos habían ido al mismo jardín de infantes. Ella no lo recordaba. Cuando él tuvo 6 años la madre decidió partir hacia Melbourne y se lo llevó con ella. Dimitri casi no recordaba el griego. Su madre se había empeñado en borrar de él todo vestigio de que alguna vez había vivido entre las cabras. No le había legado nada. Ni la lengua ni la cultura griegas. Dimitri, a pesar de su nombre, era completa y absolutamente un *aussie*, es decir alguien identificado con la cultura australiana. El de ellos había sido, lo que se puede describir, como un flechazo. Su romance duró los escasos siete días que él estuvo ahí pero fue

suficiente para que decidieran con total seguridad emprender la larga burocracia para que Margarita pudiera emigrar.

Así es que desde hacía 4 meses había llegado a Melbourne. Se lamentaba con mucha amargura haber tomado la decisión de abandonar su tierra.

Pasados un par de años a mí me resultaba cada vez más difícil imaginarme cómo hubiera sido posible continuar mi vida allí. Era extranjera. Inmigrante. No participaba de lo que estaba reservado para quienes allí habían nacido o habían podido ascender en la escala social. Había que trabajar innumerables horas en oficios manuales, de servidumbre y vivir en suburbios alejados del vibrante city center. Para haber podido completar la reválida de mi título hubiera sido necesario pagar un posgrado de más de 10 mil dólares. Cifra imposible y abrumadora. Así es que un buen día tomé la decisión de volver.

Fue muy difícil comunicárselo a Margarita, con quien seguíamos teniendo una relación diaria de sostén. En cuanto se lo dije se quedó muda, unos lagrimones rodaban por sus mejillas. Ni se molestaba en secarlos. Una especie de mirada aterrorizada cruzaba por sus ojos. Creo que le era imposible imaginarse cómo continuar sin mí en ese lugar que jamás había sido un hogar para ella. Hacía un año habían decidido, a instancia de Dimitri, sacar un préstamo hipotecario a 30 años para comprar una casa. En un triste suburbio, a donde jamás había cruzado una palabra con nadie. Todos los vecinos eran familias australianas que sostenían el sueño anglosajón de la casa propia a cualquier costo. Se subían a sus autos en los garajes de sus casas y partían a sus trabajos hasta entrada la tarde. Jamás levantaban la mirada para saludar. Margarita había vivido hasta entonces

Des-amparo

en una especie de ghetto griego. Los había también de italianos, de africanos y la vida en ellos resultaba mucho más soportable. Era casi como haber fundado pequeños pedacitos de Grecia en suelo australiano.

Nos quedamos tomadas de la mano, en silencio, hasta que apareció Dimitri en la puerta de entrada. Saltó como un resorte cuando lo vió. Comenzó a hablar en un tono y con una vehemencia que nunca había usado antes, no al menos conmigo. Gritaba que ella no se quedaría ni un segundo después de mi partida. Que era insoportable continuar viviendo allí. Que no le importaba que él quisiera quedarse. Ella se iba. Dimitri estaba petrificado. Pálido. Mudo. No encontraba palabras para tranquilizarla. Ella no quería escuchar nada.

El me miraba de reojo intentando sumarme a lo que estaba aconteciendo. Me limité a mirar para abajo, casi admitiendo mi culpabilidad. Es que juntas habíamos sostenido y engordado la amargura que nos producía el exilio. En mi caso había decidido emigrar por la tremenda crisis económica que atravesaba mi país, suponiendo que me iba a ser posible soportar el destierro. Había soñado con viajar por las islas del Pacífico, conocer la piedra del desierto, y no sé cuántas cosas más. Lo cierto es que apenas conocía el centro de la misma ciudad donde vivía. La vida se había vuelto gris.

El día que partí pasé por su casa. Casi no cruzamos palabra. Nos limitamos a darnos un largo abrazo. Ella corrió a buscar algo y me dio un pañuelo que siempre usaba.

No volví a verla.

Supe, tiempo después, que vive en Tesalónica. Se fue apenas dos meses después de mi partida. Dimitri se unió a ella cuando pudo vender

Mariana Roldán Suárez

la casa con la hipoteca. Tienen dos hijos. El maneja un taxi y ella trabaja en un centro para desempleados. Su vida es dura. En su hermoso país una crisis financiera arrasó con sueños y proyectos de futuro, pero algo en ella, y en mí, hace que nos sean más soportables los embates cotidianos de nuestros países, que la sórdida promesa de un futuro mejor en tierras lejanas.

Su pañuelo está ahí. Colgado en la puerta del placard. Cada día lo veo y la recuerdo. Mi valiente amiga griega

DE ESTE LADO

La Guardia

Me descubrí mirando el techo, no sabía cuánto tiempo llevaba ya despierta. Estaba ahí, inerte, reuniendo el coraje necesario para poder volver. Trabajar como residente de salud mental en la guardia de un hospital público, en medio de una crisis social y económica requería entereza y valentía, dos cosas de las que carecía en ese momento. Era la caja de Pandora del horror la que se había abierto. Llevaba la cuenta, dolorosa pero necesaria, ya que más que nunca había que rescatar el valor de la existencia, que el uno a uno tuviera cuerpo y contaba 17 intentos de suicidio en 3 guardias. Solo uno había sido exitoso, si es que se podía usar esa palabra para tal acto. Los otros 16 eran mujeres, agobiadas, exhaustas de luchar contra el hambre de sus hijos y suyo.

La guardia del Hospital General más importante de la provincia era, en ese 2001, un enorme galpón (no podría usar otra palabra para describirlo) con camillas desparramadas sin orden ni lógica alguna, todas las urgencias llegaban ahí y se iban colocando aleatoriamente donde hubiera lugar. Una enorme confusión de voces, quejidos, gritos, llantos, olores y la penumbra que confundía todo. Siempre daba la impresión de que lo peor aún estaba por suceder.

Allí estaba Susana cuando llegué a verla, sentada en el borde de una camilla que estaba ocupada por un viejito que apenas respiraba. Comencé la entrevista intentando recrear alguna suerte de supra espacio con la palabra, encontrarnos más allá de ese escenario imaginado por Dante. En eso estábamos; me decía que había decidido tragar lavandina porque no encontraba sentido, que eso no era vida, que lo único que la calmaba

era la idea de la muerte. En ese instante vi aparecer, con el rabillo del ojo, a una enfermera que se acercaba a la camilla a constatar si el viejito seguía en la lucha o ya había desistido. Acto seguido lo tapó con la sabana. Aún no sé cuál habrá sido la expresión de mi rostro que Susana, por reflejo se dio vuelta y la vió, a la muerte, de la que tanto hablaba, allí acostada en su misma camilla. Callamos y al término de un tiempo que pareció eterno le dije que buscaría otro lugar para seguir hablando.

Ese mismo día, unas horas más tarde, se sintió un enorme revuelo en la zona donde llegaban las ambulancias. Traían a heridos de un enfrentamiento entre barras de San Martín y Atlético. Parada en el pasillo vi pasar una camilla con un pequeño (después supe que solo tenía 14 años) que había recibido un disparo en el pecho. A los gritos, los médicos y residentes de la guardia intentaban tomar decisiones lo más rápido posible. La cara de ese nene la tengo grabada en mi memoria. Era la primera vez (pero no la última) que vi la muerte en el rostro de alguien que aún estaba vivo. No encuentro las palabras para explicarlo, pero se sabe cuándo la vida va abandonando las facciones.

Se lo llevaron a quirófano. Un par de horas más tarde murió.

Un silencio profundo y denso recorría la guardia. Sentado en la escalinata de entrada alcancé a ver un cuerpo que se sacudía, convulsionado por la angustia. Mi tarea allí también era la de escuchar y contener a los médicos y residentes. Era el mayor de la guardia el que lloraba así. Mayor parecía casi un eufemismo para nominar a ese jovencito que aún era un estudiante.

Me senté al lado y comenzó a balbucear, se me murió, decía, cuando íbamos al quirófano me pidió que le diera la mano y me dijo: no me dejes morir, quiero ver a mi mamá otra vez, no me quiero morir.

Des-amparo

Se veía cómo iba despuntando el amanecer y ninguno de los dos imaginaba cómo podíamos armarnos para vivir ese nuevo día.

Manicomio

¿A caso podía haber un lugar más olvidado por la mano de Dios (en caso de que éste existiera) que ese manicomio de provincia de un país periférico y pobre?

Era un lugar desolador. Todo en él era intemperie.

Los residentes recién ingresados éramos quizás los únicos que pensábamos que había alguna batalla que librar. Ingenuos. Inexpertos. Todo nos indicaba que esa institución ocupaba un lugar en la estructura social. E iba a seguir siendo así. Los locos tenían un sitio asignado. No regresaban, no eran aceptados, no era posible convivir en sociedad con ellos.

Y ahí estábamos nosotros, desde nuestra trinchera, pensando que algo podía ser cambiado.

Decidimos armar un taller de diario (tal era el nombre) con los internos del servicio 2. El de los crónicos, como se les llamaba. En él vivían pacientes que, hacía innumerables años, habían ingresado al *Manicomio* y cuyas familias los habían olvidado o se había decidido que no podían volver a vivir en sociedad.

Y allí estábamos nosotras, jovencitas de 20 tantos, intentando llevarles el mundo a través de las noticias de *La Gaceta* (nombre del diario de Tucumán). Sin demasiado interés los pacientes se sentaban en ronda y nosotras les leíamos los titulares para que ellos fueran eligiendo. No sé cómo fue que al cabo de una semana sólo terminamos leyendo la columna de un curita, que ponía partes del evangelio y las comentaba, y el horós-

copo. Las habían descubierto y sólo estaban interesados en esas dos secciones. En vano tratábamos de llevarlos a la sección de noticias, de política y economía o sociales, una y otra vez pedían que les leyéramos sobre los signos zodiacales y la Biblia.

Fue así como una de esas veces el curita en cuestión comentaba en su artículo acerca del Génesis. Relataba que el hombre había sido hecho a imagen y semejanza de Dios y que la mujer había sido moldeada de una costilla de Adán para que éste no estuviera solo. Al terminar la lectura comenzó un singular y acalorado debate que me llamó la atención ya que no solían poner tanto entusiasmo. Decían de qué lado será, a todos nos faltará la misma, entrecruzaban opiniones, hasta que uno de ellos se dirigió a mí para pedirme si para la próxima reunión podía llevar una radiografía de un hombre y la de una mujer para que pudiéramos comprobar de qué lado les faltaba una costilla. Lancé una pequeña risita y les contesté que esa era una manera de decir, que de ninguna forma eso era cierto, que las mujeres nacíamos como todos los seres y etc. Me miraban muy serios. Sin atisbos de dudas. ¿Acaso yo estaba loca? ¿No había escuchado lo que el curita había escrito? Los hombres habían sido privados de una costilla para que las mujeres pudiéramos vivir. Esa era la única verdad y lo que se requería de mí era que aportara las pruebas concluyentes con las radiografías.

La que más aprendí de esos talleres de lectura de diario indudablemente fui yo. No se trataba de ir a su encuentro con una supuesta verdad que los iba a iluminar, ni tratar de acercarles el mundo que habían perdido. Vivíamos en dos mundos. En ambos había parejo sufrimiento, encuentro con las pérdidas y el dolor. Quizás la manera de hacer frente a eso era lo que hacía nuestros universos tan diferentes.

Libros

Había encontrado una manera de sobrevivir. Vendía mis libros usados. La librería que los compraba se llamaba Los Primos. Y en efecto los sentía parte de una extraña familia. La misma ambivalencia que nos une a nuestros seres queridos la sentía por ellos. Me quitaban un bien preciado, pero a cambio me daban lo preciso para vivir. Así *Kafka*, *Borges*, *Cortázar* se fueron convirtiendo en cospeles, fotocopias, cigarrillos. Era un empecinamiento con la vida. Tenía que seguir. Iba a seguir.

La ciudad a mi alrededor se derruía, no importaba para dónde mirara, todo lucía sucio, desgastado, a punto de desmoronarse. Así era nuestra existencia. Precaria. Condicional. No había tiempo para sueños, ni para detenerse, había que seguir, como fuera posible. Malabaristas de un circo empobrecido.

Había quienes en cambio disfrutaban de las mieles de la vida. Se los veía. Por ahí. Se los adivinaba en los bares, en sus autos, sus viajes de lujo. Los miraba de reojo. Con curiosidad. Me intrigaban sus vidas. Me preguntaba cómo se sentiría poder viajar en colectivo, fumar y comprar los apuntes de la universidad. Las tres cosas sobre las que me debatía a diario. Contaba sólo con un peso. Es decir, un dólar en aquel momento. Si fumaba, caminaba. Si iba a la universidad en colectivo, no había para cigarrillos y debía racionarlos. Una delicada ingeniería económica. Era apenas consciente de que me era posible pensar en salir de esa situación porque la universidad era gratuita. Si hubiera tenido que costear apenas

Mariana Roldán Suárez

un gasto extra más, cualquiera, no me hubiera sido posible. Tampoco pagar las consultas médicas reiteradas. Dos neumonías. Y otros tantos males menores.

Que no me vengan a contar que las decisiones políticas no cambian la vida. Que da igual quién gobierne, si tendrás que levantarte a trabajar lo mismo. Mirá si va a ser lo mismo.

Ezeiza

La salida es Ezeiza. Dicen. Repiten. Anhelan. La salida es Ezeiza. Vuelven a decir. Como un eco atronador. Como si fuera un destino feliz. Como si dejar la tierra de los ancestros, de los vivos que amas fuera liviano. Como si jugar a la ruleta rusa de los fascistas tuviera como escapatoria Ezeiza.

El exilio como metáfora de la desaparición de lo propio. De eso que te hace ser un poquito alguien. Esa entonación, esa cadencia de la voz, esa manera de mirar que se heredó. Es que somos un poco eso. ¿Y quienes somos cuando nos vamos, cuando lo extranjero te rasga la piel y la voz, y lo familiar se vuelve extraño?

La invisibilidad. Es casi como si la piel fuera transparente. Como si te pudieras desintegrar en el aire. Se puede mirar a través tuyo. Un enorme hueco que camina. Pasas entre la gente y tu existencia es invisible. Enteramente.

Nadie en esa ciudad te conoce. Te reconoce. Asiente. Presiente.

La existencia del exilio es eso. Hueco. Soledad. Desamparo. Duele los huesos de no tener memoria. Duele la lengua que no sabe hacerse entender.

Los exiliados nos olemos unos a otros, nos presentimos en los márgenes, nos buscamos en las orillas de las ciudades. Los exiliados sabemos armar pequeños hogares, refugios para sobarnos las tristezas. Vestimos las almas con retazos. Pintamos la piel para que no duela. Sabemos reírnos, un poco. Pero hemos extraviado el alma. Nos la robaron como decía mi querida Margarita. Y andamos así. Un poco extraviados. Dolidos.

Parias. Sin tierra. Con el exilio a cuestas. Añorando algún día volver a Ezeiza

La dignidad de la memoria

Una sola vez estuve en la misma habitación que Musa.¹ El día que comenzó la Megacausa. Se hacía difícil reprimir la tentación de mirarlo. De transmitirle toda la rabia, el dolor, el horror que había sembrado. Huracán de maldad. En todos los relatos que fuimos alojando antes del testimonio aparecía siempre su nombre, además de los del grupo de tareas que comandaba. Había también episodios de encuentros callejeros, en los que su presencia volvía a hacerse sentir y paralizaba. Ese nombre repetido mil veces como un mantra, Musa asesino, para conjurar el miedo, Musa genocida, para exorcizar el daño, Musa condenado, para construir diques que separen del horror.

Los juicios permitieron a las víctimas y familiares encontrar las palabras para nominar lo indecible, después de décadas de terror y silencio. Por lo que era preciso, antes del día de testimoniar, que los testigos tuvieran un espacio en el cual desplegar su relato, tramitar un poco la angustia que suscitaba el reencuentro con los recuerdos, intentar ordenar las palabras, lograr dar cuenta de los padecimientos vividos, para procurar justicia.

Fue así como conocí a Leticia. Llegaba a Santiago para el juicio después de muchos años afuera. Fui a buscarla al aeropuerto y esa misma tarde comenzaron los largos encuentros en los que me contaría su historia

¹ Antonio Musa Azar Curi (Árraga, 6 de diciembre de 1936 - Santiago del Estero, 25 de septiembre de 2021) fue un exjefe de Inteligencia de la Policía de Santiago del Estero y excomisario argentino de Santiago del Estero. Fue condenado por delitos de lesa humanidad. Recibió tres condenas a cadena perpetua en tres juicios diferentes. Al momento de su muerte, cumplía su condena en prisión domiciliaria, beneficio que recibió en enero de 2018.

y la de su familia, ligada para siempre a la cruel historia de este país. Era sorprendente cómo había conservado intacto en su memoria, detalles, recuerdos, pequeños sucesos que almacenaba a la espera de esto que estaba a punto de acontecer. Atesoraba todas las cartas escritas, los habeas corpus, los recortes de diarios en una carpeta amarilla que había ojeado y leído innumerables veces. Aguardando, aguantando, recordando, convirtiéndose en la testigo perfecta. Lo traumático tiene ese efecto de impresión profunda, de sellarse de manera indeleble en la memoria y en el cuerpo. Casi de manera cinematográfica podía contar los días previos y posteriores al secuestro.

Esa tarde, en la que me contó los sucesos que cambiaron su vida para siempre, ambas volvimos a escuchar las puertas abiertas a patadas, el Opel color verde limón levantando polvareda en las calles de ese pueblito. Ese relato que había escuchado de boca de sus vecinos.

Llegó el día de testimoniar. Caminamos juntas hasta las sillas que estaban delante del tribunal. Era difícil respirar. Siempre tuve la impresión de que el aire dentro del recinto era otro, más denso, como una sustancia viscosa a la que le costaba penetrar en el cuerpo. Lo de siempre. Sentarme del lado de los genocidas, la testigo a mi otro costado. El cuerpo dividido en dos. Casi podía sentirlo. Mi lado izquierdo se paralizaba, rígido, haciendo de barrera a las miradas de los represores. Del lado derecho casi que podía abrazar con cientos de tentáculos invisibles que tomaban de las manos, alcanzaban el vaso de agua. Allí estábamos. Fue un largo relato, que ya se había grabado en mi memoria también. Incluso esa noche anterior había soñado todo. El Opel color verde limón llegando para sembrar el horror, patrullando impunemente por las calles del pueblo todo el día, parando en despensas, mostrando las caras desenfadadamente. Luego la

Des-amparo

desaparición, lo impensable. Aún la veo. Parada en la vereda de su casa. Su pequeña hija agarrada de su pollera. La dificultad de creer lo que le cuentan sus amigos que llegan sin él. El horror de vivir en lo sucesivo la búsqueda infructuosa, las puertas que se cierran, la espera en vano. El Opel color verde limón estacionado en la DIP. 35 años después estaba ahí, en esa inmensa dignidad que le daba la búsqueda de justicia.

Cuando terminó de testimoniar salimos juntas y me dijo: es la primera vez que me siento viuda. El velorio de Rubén es hoy.

Testigo

Ya hacía más de tres horas que estábamos encerrados en una oficina de la Secretaría de Derechos Humanos. Juan se paraba y caminaba, volvía a sentarse, se agarraba la cabeza con las dos manos, suspiraba. Cuerpo tomado por lo brutal de los recuerdos, la lucha tremenda de intentar ordenar las palabras, lograr un relato que tuviera sentido, que pudiera dar cuenta de los padecimientos vividos y sirviera para procurar justicia por él, que en la sentencia contaran también sus horrores. Decía que todo ese tiempo, esos largos 35 años había decidido olvidar, poner en el desván, amontonar en la piedad del fondo y cerrar la puerta. Ahora se veía compelido a traer esos recuerdos al living, desempolvarlos, traerlos a la luz y el dolor que traían consigo parecía por momentos insoportable.

Así fueron sucediéndose en nuestros encuentros el recuerdo de fragmentos, fechas, caras, horas interminables en la sala de tortura, cuerpo librado a la muerte. Saberse del otro lado y haber vuelto. Los terroríficos encuentros callejeros con esos que aún seguían ahí.

Todo eso iba a ser contado en una sala de juicio, delante de los secuestradores y sobre todo de su familia, de sus hijos a quienes jamás había dicho una palabra de eso. Sentía vergüenza y culpa, secretamente pensaba que algo había hecho para merecer tamaña brutalidad. En la sucesión de entrevistas previas al día del testimonio pudo desmontar el odio, armar la necesaria búsqueda de justicia, ansiar contar su historia. Fue recuperando la voz y la memoria.

Mariana Roldán Suárez

Finalmente llegó el día. Estábamos en el cuarto de testigos tomando café y esperando. En silencio. Entramos ceremoniosamente. Me senté a su lado. Él sabía que no podía mirarme y que sólo debía dirigirse al tribunal. Acordamos que me sentaría tapando con mi cuerpo a los genocidas. En esas eternas y difíciles dos horas varias veces estuvo tentado de dirigirme la mirada, bajaba la cabeza y suspiraba. Finalmente terminó y caminamos juntos hacia afuera de la sala.

Los dos sabíamos que acabábamos de ganarle al espanto. Nos abrazamos

TERRITORIO DE LO INTIMO

Dones

Fue mi padre quién me donó gran parte de la melodía y el compás en la vida. Cuando nací, él ya era dueño desde hace varios años del único negocio de música que había en Santiago.

Se llamaba Centro Musical Santiago. Vendía tocadiscos y long-plays.

Recuerdo que desde pequeña lo escuchaba murmurar letras de tango así como nombres extraños, a los que después les encontré sentido. Siempre pensé que hablaba de algo parecido a King Kong hasta que descubrí que lo que decía era *Nat King Cole*. Al parecer le producía un deleite inexplicable la repetición de esas sílabas, como una oración.

Otra frase que repetía era la de un par de tangos, que fueron los que me trajeron por primera vez la comprobación de que existían sentimientos muy poderosos en los encuentros con otros, que yo con mis pocos años no podía calcular, pero que él me los hizo entrever. Decía: la abandoné y no sabía que la estaba queriendo. Repetía y repetía esa estrofa como quien intenta exorcizar un dolor que no cesa.

Recuerdo la expresión de su rostro que acompañaba a la frase del tango *Uno*. Me decía escuchá y cantaba: *Pero un frío peor que el odio punto muerto de las almas tumba horrenda de mi amor...* y una emoción profunda acompañaba a la pronunciación de estas dos palabras tumba horrenda... empecé a preguntarme qué muertos le dolían tanto. Cuál era esa indiferencia que le había dejado cicatrices tan profundas. Después pude hilvanar que la melancolía de su madre, inmigrante cuando adolescente, y la tremenda nostalgia de su pueblo natal habían prácticamente impedido que

pudiera tener un cobijo, un huequito para maternar. Una vez, hablando de su infancia me dijo: ¿sabes lo difícil que es ser hijo de una madre triste?

Así fue que supe, desde pequeña, que en el tango existía algo así como una llave para otro mundo, uno de desengaños, de sinsabores, tristezas, repeticiones mortíferas y también placeres y deleites. Cada vez que necesitaba llorar ponía el comienzo de *La última curda* tocada por Troilo y esos acordes me desarmaban.

En el velorio de mi padre, cuando un sacerdote que alguien había llamado comenzó a rezar, sentí una profunda indignación. Esa no eran palabras para despedirlo. No merecía ese ritual de morondanga, repetido hasta el cansancio. No había nada de él ahí. Tomé de la mano a mi hermana y por lo bajo empecé a cantar. Primero *Naranja en Flor*, después *Uno*. Hice una pausa y ella me apretó la mano y me dijo: seguí. Volví a arrancar con *Naranja en flor*. Un poco más alto. Se mezclaban las palabras del curita con las mías. Era más blanca que bienaventurados los pobres de espíritu y en una calle de estío, calle perdida porque ellos verán el reino primero hay que saber amar después partir.

Esa era la única liturgia. Su música. La que le había prestado palabras, la que me donó. Con la que acuné por primera vez a mi hijita la noche que nació. Al tenerla en brazos descubrí que no sabía ninguna canción de cuna. Nada. Necesitaba cantarle. Tejerle con mi lengua, la materna, la que marca el cuerpo, la que entrega la cadencia. En ese frío hospital de Melbourne canté *Naranja en Flor*. Había en esa letra, en esos acordes, algo que ligaba el mundo de los vivos y de los muertos. Algo que ligaba las generaciones. Que nos amarraba.

Confieso que pocas veces volví a escuchar un tango.

No debieran llevarse los muertos más de lo que una quisiera.

Infancia

Indefectiblemente a la hora en la que se iba haciendo de noche una mano enorme apretaba mi garganta. Sentía cómo iba creciendo desde la boca del estómago hasta detenerse debajo de mi barbilla y dificultarme la respiración. Había intentado distraerla de todas las maneras posibles. Iba a las casas de mis amigas a la salida de la escuela y jugábamos al mercadito, hacíamos milanesas de hojas, hurgábamos en los cajones de la cómoda de la abuelita de una de ellas, que siempre estaba dormida en la penumbra. Me atraía y asqueaba el olor que emanaban los camisones y blusas de los cajones y nos acercábamos en puntas de pie hasta la cama para comprobar si aún respiraba. Me impresionaba esa piel tan delgada que dejaba entrever las venas azules debajo, no entendía muy bien cómo es que seguía viva y que vida era esa.

Me extenuaba corriendo y jugando a la mancha, a la pilladita, andando en patines, pero nada, indefectiblemente todos los días volvía. Se podría decir que mi infancia era un tiempo partido en dos. De día era una niña curiosa, inquieta, metida se diría. Charlatana y traviesa. A medida que la hora de dormir se aproximaba, la angustia, instalada desde el atardecer, crecía hasta enloquecer.

Me acostaba en la pieza completamente oscura y me quedaba quieta en el medio de la cama, con el oído alerta a la respiración de mis hermanas que dormían a metros. El cuerpo tenso y la imaginación desatada. Pensaba que de noche estaba debajo de mi cama, no lograba explicarme cómo había llegado allí, pero podía sentirlo, percibía esa presencia ace-

chante que aprovecharía la ocasión cuando todos durmieran. Cuando alguna vez estas escenas se colaban durante el día, las desechaba inmediatamente y me reía diciendo que no era posible, que los perros ladrarían si alguien entraba, que nadie más lo veía y me decía a mí misma que esa noche no volvería. Pero a la medianoche estaba ahí. Indefectiblemente. Las primeras noches opté por quedarme quieta, presa del terror, sin mover un musculo, con la respiración controlada, la sábana justo debajo del mentón y los ojos abiertos, enormes, intentando percibir en la oscuridad. Permanecía así por horas hasta que la claridad del amanecer se iba adivinando y el cuerpo se relajaba y podía volver a decirme que era imposible, que no había nadie, que me durmiera.

Una noche esperé a que mi hermana del medio se durmiera para hacerme un ovillito a sus pies. No sabía aun por qué con ella me sentía más segura que en otro lado. Apenas apoyé el cuerpo en esa cama, los fantasmas se deshicieron y la sombra de él se fue. Hasta que una noche vencida por el cansancio y sintiéndome segura, me relajé de más y un pie se me escapó. Me desperté sobresaltada sin poder distinguir si había soñado una mano que me apresaba el tobillo o si de verdad estaba debajo de esa cama también.

Decidí que el único lugar seguro era el baño, que siempre estaba con luz. Me fui con mi almohada y me acosté en la bañera. Era enorme y blanca, también helada. Pero tenía una ubicación estratégica mirando la puerta y una gran luz blanca que aliviaba. La espalda apoyada en la pared, la mirada fija en la puerta. Ya había abandonado las pretensiones de dormir. El baño era mi fortín. Debía resistir allí hasta el amanecer.

Empuñé un enorme shampoo Wellapon y esperé. Finalmente, el sueño me venció y amanecí abrazando la botella. La noche siguiente llevé

Des-amparo

también una colcha, cubrí la bañera con ella, coloqué la almohada contra la pared, tomé el shampoo y me senté a esperar. Se diría que estaba casi segura de que él se animaría a llegar hasta la puerta. Que una noche de esas me encontraría ahí también.

Dos veces me encontraron, a la madrugada, me mandaron a mi cama a dormir y casi no se habló del tema. Percibía cierta inquietud en los adultos que me miraban de reojo y murmuraban. Hubiera esperado una pregunta, un consuelo, un cuento para dormir.

Descubrí que los monstruos no se van solos. Nos contamos cuentos para exorcizarlos.

Murciélago

Había que encontrar una manera de pasar las largas siestas amarillas. Recostadas, con el ventilador de techo que removía el aire caliente. Ya habíamos escuchado hasta el hartazgo los pocos cassettes de los que disponíamos. Bastaba una mirada fugaz, intensa, penetrante, para acordar inmediatamente el plan para salir del tedio. Procedíamos entonces a armar el objeto que nos redimiría al menos por un rato. Ya sabíamos cual sería la materia prima elegida, la que había demostrado ser confiable y otorgar mayor amplitud de respuestas.

Un pequeño saquito negro, de hilo, liviano, pero de tejido compacto. Había que doblarlo por el justo medio, con una manga a cada lado para brindarle mayor amplitud. Con una cuerda lo suficientemente larga lo procedíamos a atar, asegurándonos la sujeción. Toda esa ceremonia se ejecutaba en silencio. Con toda la concentración, como si se tratara de la actividad más importante del mundo. Subíamos la escalera que daba a la terraza. Deslizábamos nuestro invento hasta asentarlo en las ramas más bajas del enorme árbol que estaba situado justo en frente. Ahora había que esperar, armarse de paciencia y elegir cuidadosamente a la víctima. No era cuestión de desperdiciar el intento.

Recuerdo esa vez, la que se me grabó, la que cada vez que vuelve me provoca una carcajada incontenible. La vimos doblar la esquina, era ella. Ni demasiado joven pero tampoco tan vieja como para generar remordimientos por las posibles consecuencias. Venía cargada con dos bolsas, una en cada mano. Vaya a saber qué hacía a esa hora y a dónde iba, pero era ella. Lo supimos inmediatamente. Ahora sólo restaba hacer el

cálculo preciso. Había que aguantar la tensión hasta el momento en el que fuera posible convertir el saquito en un murciélago que de pronto aparecía agitando sus mangas/ alas en frente de la víctima. Esa vez fue perfecto. La sincronía divina. Con un pequeño tirón lo puso en posición de vuelo, expectante y acto seguido, con leves movimientos de arriba hacia abajo, ejecutó un vuelo que sembró el terror. La señora emitió un grito que terminó de ahuyentar la siesta y lanzó las dos bolsas por el aire. Fue tan violento el ataque de risa que dejamos caer el saco en la vereda. La escena que siguió no fue tan divertida. Sabíamos que no tardaríamos en escuchar el grito de los padres de mi amiga, que ya habían sido alertados por el timbre que tocaba furiosa la vecina. No tardamos ni diez segundos en bajar y salir corriendo hacia mi casa que sólo estaba a dos cuadras. Era por ahora un lugar seguro. Nadie allí sospechaba siquiera lo ocurrido. Nos sentamos en el umbral de la puerta. Con la risa divertida aún en la comisura de los labios. La última travesura nos duraría un rato, hasta que el tedio nos fuera envolviendo y encontraríamos maneras de mantenerlo a raya. Era solo cuestión de horas hasta que hubiera que inventar otros murciélagos que se llevaran todo el cansancio, el aburrimiento, la soledad y nos devolvieran eso, la liviandad de dos adolescentes jugando a ser niñas, demorando ese momento inevitable de encontrarnos con la seriedad y la pesadez de la vida.

Aún hoy lo traigo. Lo veo desplegar en esa siesta amarilla, escucho las carcajadas y su vuelo me eleva, me aliviana.

Ritos

Lidiando con el peceto para transformarlo en un plato navideño mientras suena la misa criolla. *Mercedes Sosa* canta "*a la huella a la huella José y María con un dios escondido nadie sabía*". Me conmueve. Vuelven las navidades de la infancia. Esa música como un hilo las conecta.

La ceremonia del pavo. Receta heredada que aún hoy se reitera como un ritual que nos conecta a las mujeres de la familia. El pesebre que inventábamos en la chimenea. Papeles de diario arrugados y forrados con una tela de pana verde. Animales de los más variados poblaban el llano. Y en el medio un pequeño niño.

Esperar las doce para que la magia vuelva a ocurrir. Creer que es posible reiniciar una y otra vez los pactos. Reiniciar los lazos, recomenzar.

La Negra Sosa sigue cantando... *Con un dios escondido nadie sabía*. Pienso que efectivamente es así. Cada quien tiene un pequeño dios adentro. Ese que resuena cuando nos conectamos con nuestra propia voz. Cuando nos atrevemos a mirar la vida desde nuestro propio vidrio (hecho de cristales incrustados de otros). Ese caleidoscopio que vamos girando para vivir.

Habrá que calibrar el pulso y fijar la vista ahí donde lo que armamos nos trae algo de la maravilla de la vida. Una música. Un olor. Esa alegría que nos despierta.

Tiempo

Teníamos una caja de cartón grande en donde cada enero guardábamos el árbol y los adornos. Había veces que el sopor de enero, el tiempo que pasaba lento, o quizás las ganas de prolongar ese tiempo de excepción, hacían que casi en carnaval nos dispusiéramos a sacar la estrella de la punta, enrollar las guirnaldas, desprender las pelotas y doblar los brazos del árbol.

Era un ritual triste y concienzudo. Marcaba el fin de ese tiempo en el que se esperaba que la magia aconteciera, el de los encuentros, de las noches largas y sin horarios.

Había algo profundamente triste que nos esperaba después. Las largas siestas amarillas, el sol implacable y las noches calurosas.

Mi corazón de niña deseaba que diciembre nunca terminara. Pero fui aprendiendo lo implacable del tiempo que pasa y se va. Aunque hiciéramos mil conjuros nada lo detendría.

También fui descubriendo que hay cosas que le abren una honrada, lo detienen un poco. Lo ralentizan quizás. El tiempo del amor y sus misterios. La infancia de mis hijos. La risa compartida.

Habría que andar así por la vida. Buscando coartadas que lo engañen. Desviaciones. Mezclar las navidades con los eneros. Que los brazos del árbol se agiganten y lleguen a marzo.

Quizás la única sabiduría sea esa. Engañar al tiempo. Plantarle bandera. Detenerlo un rato.

La presencia del ausente

Siempre pensé que mi familia era una de las pocas que no guardaba secretos. Casi que sentía envidia cuando escuchaba los relatos de amigas, en los que de pronto salían a la luz historias siniestras o truculentas, dignas de cualquier tragedia griega o escrito shakesperiano. Secretos que de pronto eran revelados por alguna abuela ya moribunda o se encontraban cartas secretas. Sentía entonces que mi familia era demasiado simple, plana, sin profundidades, que lo que se veía y sabía era lo que era. Hasta el día en el que le hice a mi madre esa pregunta.

Recuerdo que estábamos comiendo las dos en la pequeña mesa del comedor que siempre estaba atestada de cosas. Corrí con el dorso de la mano un alto de revistas y papeles escritos para hacerle lugar a mi vaso mientras le contaba lo que había venido trabajando en mi análisis. Hace un tiempo que un rasgo muy marcado de la tercera generación, es decir de mis hermanas, de mí misma y de mis primos hermanos, había sido objeto de trabajo en mi análisis. Empezó a llamar mi atención cómo, a todos nosotros, nos era casi necesario mostrar lo inteligente que éramos, brillar, sacar 10, no fallar. Un rasgo propio pero compartido con este grupo de primos, todos hijos de los mismos hermanos. Mi padre y sus cuatro hermanos y hermanas. Le relataba la intervención que había hecho mi analista al preguntarme qué había en la historia familiar que era necesario tapar así, con tanto exceso de brillo. Mostrar que no éramos ni tontos ni locos. Cuando terminé de decir esta frase giré levemente mi cabeza para mirar a mi madre con el raballo del ojo derecho y la expresión que entreví

me hizo girar la cabeza y el cuerpo. Su cara estaba completamente empalidecida, su boca entreabierta, los ojos redondos sin pestañear. No cabían dudas. El tan ansiado secreto familiar estaba allí. Existía y al parecer gozaba de buena salud.

Ambas balbuceamos unas frases inentendibles hasta que pude recomponerme y decirle: ¡decime! ¡Que! ¿Qué paso?

Su relato arrancó en el día en el que se murió mi abuela paterna. Mi papá le había pedido ayuda para ordenar las pertenencias de la pieza de mi abuela. Esas cosas que hacían las mujeres, disponer los bienes de la difunta, repartir los vestidos, donar lo que no servía. Estaban en eso cuando mi mamá abrió el ultimo cajón de la cómoda, en el que era notorio, a simple vista, que se guardaban los papeles viejos, las fotos amarillentas. Comenzó a sacar uno por uno y leer por arriba para saber someramente el contenido y clasificar en desechable o no. Se topó con una carta del director de una institución asilar dirigida a mi abuela, recibos de pagos mensuales de la misma Colonia y más cartas. En todas aparecía un nombre. El mismo. Un nombre que jamás había sido pronunciado y que mi mamá no recordaba haber sentido nunca. Guardó las cartas apresuradamente en su cartera y pensó que le preguntaría a mi papá cuando estuvieran en la casa. Esa misma noche, más tarde, sacó las cartas y se las mostró. Ambos permanecieron en silencio largos minutos hasta que mi papá dijo: es mi hermano mayor. Se llamaba José Tiburcio. Fue internado cuando era un niño en la Colonia Oliva. Nunca supe bien lo que le pasó. Solo sé que no era normal. Yo tenía unos cuatro años cuando lo llevaron, el no más de siete. Desde ese día todos fingimos que no existía. Desde ahí pasé a ser el hermano mayor.

Des-amparo

La última carta del director relataba que, en un incendio de uno de los pabellones de la Colonia, José Tiburcio había muerto siendo adolescente.

Identidad impostora que le había costado caro. Usurpación de la que no era responsable, puesto que era solo un niño, pero que no había sido sin consecuencias. Mi padre padeció en su vida episodios casi melancólicos, largos periodos en los que permanecía meses enteros acostado, con la mirada perdida, rehuyendo la palabra y el contacto. Recuerdo que era una niña y me paraba en el marco de la puerta de su dormitorio y lo miraba desde allí, casi espíándolo. Me intrigaba qué podía estar pasándole para que le fuera posible pasar tantas horas así, en silencio.

Después del develamiento intenté hablar con mis hermanas y primos. Casi nadie se mostró interesado en el asunto. Los rumores llegaron hasta la hermana de mi papá, ya de 95 años, la única viva. Mandó a decir que dejara de difamar a la familia, que no era cierto, que nunca hubo un José, que mi papá era el mayor.

Aquello que se desea desterrar es precisamente lo que vuelve con más fuerzas e invade todo. Brilla por su ausencia, se infiltra y condiciona los actos. José Tiburcio perdura en el movimiento sostenido de borrarlo.

Fuego

Resulta sorprendente la potencia con la que se fijan los recuerdos. A partir del encuentro con algún acontecimiento que trastoca, que conmueve. Se expanden y se graban, incluso los momentos previos al hecho que se convierten en indelebles.. Una no sabe cuándo ocurrirá. Vivir es también eso. Estar dispuesta a someterse a los vaivenes de la historia, a esos acontecimientos que esperan para dar un zarpazo cuando menos te lo imaginas.

Muchas veces me tiento de pensar al destino como algo que se encuentra agazapado, escondido a la vuelta de cualquier esquina. Como si las desgracias o los tiempos felices ya estuvieran escritos, vaya a saber por quién, de antemano. Pero no. Resulta que la vida es así. Contingencias, vaivenes, sin guion, sin argumento preestablecido. Y es entonces que las desgracias y las fortunas tocan. Como dice un refrán toca, toca la suerte es loca. También es igual de cierto, que muchas de las cosas que vivimos, son consecuencia directa de nuestras elecciones, de los desvíos que tomamos, aunque no sepamos muy bien por qué lo hacemos.

En algunas desgracias podemos encontrar la mano invisible que las armó, los actos semi deliberados, sutiles que las fueron montando. No es tarea fácil la de andar achacándose, a una o a los propios, las desgracias que acontecen, pero la locura se monta allí, sobre lo que no es posible hacer entrar, poner en palabras, confesar.

Un acto de tal naturaleza es el que llevó a cabo mi padre. Sin premeditación, aconteció como una repetición, como un castigo del que no era plenamente consciente. Pasó. Le pasó. Nos pasó.

Mi padre incendió mi casa.

Estaba solo. Todas las mujeres de la familia habíamos viajado. Era un fin de semana en el que estaría por su cuenta. Ya era un hombre grande. Abatido. El último tiempo la melancolía o no sé bien qué le había ganado la batalla. Él había peleado a lo largo de su vida con esos episodios que lo arrasaban. Los largos días en los que se pasaba mirando el techo o la pared. Desconozco en que pensaba. Quizás puedo llenar esos vacíos con lo que fui armando por mi cuenta. Su madre inmigrante, su hermano muerto. La manera en la que se lo borró del relato familiar y mi padre se vio obligado a asentir, a usurpar la identidad del mayor, a complicitarse con la desaparición de su hermano loco.

Ya no hay nadie que pueda relatar una historia con sentido, con fechas, una cierta cronología. Este hermano había sido desterrado de la vida familiar. Es lo que pude armar de a retazos, por fragmentos. Así es que supongo que mi padre habrá tenido unos 3 años cuando a este hermano se lo internó en la Colonia Oliva. Sólo sabemos que lo mató el fuego. Se desató un incendio en el pabellón donde vivía siendo un adolescente.

Más de 60 años después, mi padre, casi como quién no quiere la cosa, dejó una vela cerca de una cortina, en la corriente de aire. La encendió y se fue a bañar.

Lo que pasó después ya es una bisagra en la historia de mi familia. Nada quedó en pie. Salvo uno que otro vaso, un televisor completamente derretido, un par de sillas que se retapizaron.

Todo se lo llevó el fuego.

Aunque aún no estoy segura de que en esa hoguera se haya exorcizado el dolor y la culpa de mi padre.

Des-amparo

Nada puede derretir, disolver las culpas, lo que no nos decimos. Sólo la palabra exorciza. El empecinamiento en bordear lo que insiste en su mudez.

Laberinto

Soy una aprendiz. Chapuceo. Balbuceo. Voy a tientas. A veces me encandilo. Me pierdo. Me multiplico en mil espejos que me devuelven imágenes divergentes, convergentes, iguales, distintas. Implacable, condescendiente. A veces la vida se parece a una carrera de obstáculos, a campo traviesa, avanzo a tropezones, me caigo, me levanto, me pongo vallas imaginarias. De afuera nada de eso se ve. Pareciera que caminará erguida, pero yo sé que me fragmento, que a veces ando a duras penas. Otras muchas ando a pura alegría. Risa fácil. Amores intensos.

Desamparo. El azar de ese huequito que había para recibirnos.

Muchas veces pienso qué hubiera sido de mí sin algunas cosas que acontecieron. Como si en algunas escenas se hubiera jugado un destino, se hubiera bifurcado mi vida y entonces habrá para siempre una que no sé, que no conozco, que pudo más, que resulta que no se fragmenta, que no titubea, que no padeció. Y del otro lado del camino estoy yo. Esta que soy, la que puedo ir siendo, que lleva una marca, que se hunde en la historia, que desgarrá, que me deja de este lado, en donde hay un laberinto. Me pierdo, me encuentro, resulta que tantas veces el minotauro fui yo. Arrojándome de los muros, clamando por un Teseo que me prestara su hilo. Y tantas veces lo encontré, y lo seguí y me sentí segura con ese ovillo, ese hilo que se me antoja rojo y encontré otros minotauros y fui feliz.

Otras tantas me sigo perdiendo, me mezclo con los demás para disimular, para fingir que sí, que soy igual, que no es cierto que soy medio rara. Pero solo yo sé que hay una marca, que me habita. Hace años que

Mariana Roldán Suárez

trato de borrarla. Quizás sea necesario hacer otra cosa. Exaltarla, distinguirla, escribirle alrededor. Sí. Es cierto. Me desdoble y me miro. Y multiplico esa mirada escrutadora en los ojos que me rodean. Y soy implacable, y lo amoroso conmigo me cuesta. Y sí.

Ya va siendo hora de reconciliarme. Conmigo. Con mi sombra.

FINAL

If I ever lost you

(se recomienda leer escuchando

<https://www.youtube.com/watch?v=ERjQFCmFwVM>)

Como un rayo atravesó su mente el pensamiento de volver a intentar. La última vez que lo había probado no había resultado muy bien. Quizás el problema había sido el de mezclar las gotas con jugo. Probablemente la fructosa había generado una interacción no calculada.

Tomó un vaso, se sirvió agua y agarró el frasco. Casi sin pensar. Contó 5 gotas y se bebió el líquido de un solo trago. Ahora restaba esperar. Se sentó en el sillón del living. Puso jazz y prendió la lámpara. Los espectros iban a visitarlo y era necesario estar preparado.

Hacia 5 meses que ella había muerto. De manera inesperada. Veloz. En tan solo 6 días vio su vida extinguirse. Desde el día que volvió del cementerio no encontró la manera de seguir adelante. Sabía en su interior que no contaba con lo necesario para hacer frente a esa pérdida. Solo restaba recurrir a lo sobrenatural o morir.

Investigó frenéticamente. Leyó y leyó acerca de experimentos que lograban restituir a los muertos. No en su forma encarnada, pero sí a una existencia etérea. Cuando estaba a punto de perder la esperanza, recibió un misterioso mensaje: sé lo que buscas. Tengo la llave. Estaré en contacto.

Ese solo mensaje bastó para que pudiera retomar algún tipo de vida. Esa luz de esperanza lo había situado nuevamente en el mundo. La idea de volver a encontrarla lo acompañaba y le permitía vivir. Volvió a

visitar a los amigos, retomó el gimnasio. Suspendió la licencia laboral que se había tomado y volvió a trabajar. Desde afuera parecía que había podido soportar la pérdida y que de a poco retornaba a cierta normalidad. Lo que nadie podía calcular era que Alfredo solo existía por la loca idea de volver a verla.

Fue recibiendo instrucciones precisas una vez por semana a un correo que abrió para ese solo propósito. Debía reunir una cantidad de ingredientes y proveerse de un equipamiento que le permitiera destilar y evaporar y una cantidad de procesos químicos para los que tuvo que estudiar horas y horas unos densos manuales. Se sorprendió la velocidad con la que lograba incorporar conocimiento. Él que siempre se pensó a sí mismo como alguien lento, con una notable dificultad de procesamiento mental.

Finalmente, un día la preparación estaba lista. Se trataba de un químico que se suponía alteraba la percepción hasta el punto de permitirle percibir otros planos de la existencia. En los que él, un escéptico empedernido, creía ahora a pie juntillas.

La primera vez que lo tomo sintió que el mundo desaparecía. Se perdió en un agujero negro que lo tragaba y una cacofonía estridente de voces lo aturdiría. Creyó percibir, entre el coro, la voz de su madre muerta hace varios años. De Laura ni rastros. Cayó en un sopor profundo que le duro casi un día. Cuando despertó se sentía profundamente abatido. Una fuerte resaca lo acompañaba. Decidió esperar una semana para volver a probar. La próxima vez se aseguró de estar acostado para probarlo. Tenía temor de caer fulminado. Tomó el vaso de jugo y contó 3 gotas. Casi inmediatamente volvió a sentir el torbellino de voces y extrañas sensaciones cenestésicas, manos que lo tocaban y tiraban. Decidió permanecer

Des-amparo

alerta y evitar caer preso del terror a ver si así conseguía escuchar o percibir a Laura. Nada. En medio de los gritos ahogados le pareció escuchar la voz de su amigo Nicolás, muerto cuando eran niños, o de su abuelo que silbaba un tango. Pero de Laura, nada.

Absolutamente abatido durmió 23 horas.

Decidió no volver a intentar. Había sido suficiente. Las dos experiencias habían sido intensas y sobrecogedoras y no resistía ni a ellas ni a la pérdida de la esperanza que significaba el fracaso de no encontrar a Laura entre sus muertos. Ya vería qué hacer.

Tres días más tarde no resistió el dolor ni la tentación de finalmente encontrarla. Casi fuera de sí tomó las gotas. En dosis superior a la indicada. Debía ser la prueba final. No podía fallar.

Sentado en el sillón tarareaba *How Deep is the ocean* uno de sus jazz preferidos. Recordaba las veces que a media luz lo habían bailado, en silencio, sus cuerpos moviéndose al compás... *If I ever lost you how much would i cry.*

Finalmente, ahí estaba ella. Le estiraba la mano y lo invitaba a bailar. Se dejó llevar. La abrazó y no escuchó nada más.

Días más tarde los bomberos forzaron la puerta. Lo encontraron sentado en el living. El frasco de cianuro volcado en la alfombra.

La autora es psicoanalista. Nació y vive actualmente en Santiago del Estero, Argentina. Aunque a lo largo de su vida vivió en Italia, donde terminó sus estudios secundarios por una beca de intercambio, es en Tucumán donde cursó sus estudios universitarios; en Buenos Aires, en donde finalizó la residencia de Salud Mental y en Australia, en donde se exilió a principios de los 2000, por motivos económicos.

Desde pequeña el encuentro con la palabra escrita marcó su vida. Escribe relatos y cuentos cortos desde hace unos años. *Des-amparo* es su primer libro.

Publicaciones de Argus-*a* en su sello ErosBooks:

Aldo Dante Alvarado
Cartas desde el Oblicuo Lunar

Martín Giner
Tres escenarios improbables. Dramaturgia de humor

Gladys Ilarregui
El amarillo inaudito. Poemas a Ucrania

Gustavo Geirola
Dedicatorias
Sonetos y antisonetos

Gerardo González
Soave Libertate

Otras publicaciones de Argus-*a*:

Claudia Andrea Castro
Artes, universidades y cárceles en Argentina

Gustavo Geirola
FREUD: del nombre, del origen, del 'gran hombre'
Ensayo conjetural

Eduardo De Paula, Henrique Bezerra de Souza,
Mara Leal y Wellington Menegaz
Errancias: prácticas artístico-pedagógicas, memorias, quehaceres y políticas

Alejandra Morales
Representación de lo femenino en el teatro chileno
Rearticulaciones

Alicia Montes
Literatura erótica, pornografía y paradoja

Gustavo Geirola
Lacanian Discourses and the Dramaturgies

Gustavo Geirola
Introducción a la praxis teatral.
Creatividad y psicoanálisis

María Cristina Ares
Evita mirada
Modos de ver a Eva Perón: las figuraciones literarias y visuales de su cuerpo
entre 1992 y 2019

Gustavo Geirola
Los discursos lacanianos y las dramaturgias

Eduardo R. Scarano (compilador)
Racionalidad política de las ciencias y de la tecnología.
Ensayos en homenaje a Ricardo J. Gómez

Virgen Gutiérrez
Con voz de mujer. Entrevistas

Alicia Montes y María Cristina Ares, compiladoras
Régimen escópico y experiencia. Figuraciones de la mirada y el cuerpo
en la literatura y las artes

Adriana Libonatti y Alicia Serna
De la calle al mundo
Recorridos, imágenes y sentidos en Fuerza Bruta

Laura López Fernández y Luis Mora-Ballesteros (Coords.)
Transgresiones en las letras iberoamericanas:
visiones del lenguaje poético

María Natacha Koss
Mitos y territorios teatrales

Mary Anne Junqueira
A toda vela
El viaje científico de los Estados Unidos:
U.S. Exploring Expedition (1838-1842)

Lyu Xiaoxiao
La fraseología de la alimentación y gastronomía en español.
Léxico y contenido metafórico

Gustavo Geirola
Grotowski soy yo.
Una lectura para la praxis teatral en tiempos de catástrofe

Alicia Montes y María Cristina Ares, comps.
Cuerpo y violencia. De la inermidad a la heterotopía

Gustavo Geirola, comp.
Elocuencia del cuerpo.
Ensayos en homenaje a Isabel Sarli

Lola Proaño Gómez
Poética, Política y Ruptura.
La Revolución Argentina (1966-73): experimento frustrado
De imposición liberal y “normalización” de la economía

Marcelo Donato
El telón de Picasso

Víctor Díaz Esteves y Rodolfo Hlousek Astudillo
Semblanzas y discursos de agrupaciones culturales
con bases territoriales en La Araucanía

Sandra Gasparini
Las horas nocturnas.
Diez lecturas sobre terror, fantástico y ciencia

Mario A. Rojas, editor
Joaquín Murrieta de Brígido Caro.
Un drama inédito del legendario bandido

Alicia Poderti
Casiopea. Vivir en las redes. Ingeniería lingüística y ciber-espacio

Gustavo Geirola
Sueño Improvisación. Teatro. Ensayos sobre la praxis teatral

Jorge Rosas Godoy y Edith Cerda Osses
Condición posthistórica o Manifestación poliexpresiva.
Una perturbación sensible

Alicia Montes y María Cristina Ares
Política y estética de los cuerpos.
Distribución de lo sensible en la literatura y las artes visuales

Karina Mauro (Compiladora)
Artes y producción de conocimiento.
Experiencias de integración de las artes en la universidad

Jorge Poveda
La parergonalidad en el teatro. Deconstrucción del arte de la escena
como coeficiente de sus múltiples encuadramientos

Gustavo Geirola
El espacio regional del mundo de Hugo Foguet

Domingo Adame y Nicolás Núñez
Transteatro: Entre, a través y más allá del Teatro

Yaima Redonet Sánchez

Un día en el solar, expresión de la cubanidad de Alberto Alonso

Gustavo Geirola

*Dramaturgia de frontera/Dramaturgias del crimen.
A propósito de los teatristas del norte de México*

Virgen Gutiérrez

Mujeres de entre mares. Entrevistas

Ileana Baeza Lope

Sara García: ícono cinematográfico nacional mexicano, abuela y lesbiana

Gustavo Geirola

Teatralidad y experiencia política en América Latina (1957-1977)

Domingo Adame

*Más allá de la gesticulación
Ensayos sobre teatro y cultura en México*

Alicia Montes y María Cristina Ares (compiladoras)

*Cuerpos presentes.
Figuraciones de la muerte, la enfermedad, la anomalía y el sacrificio.*

Lola Proaño Gómez y Lorena Verzero / Compiladoras y editoras
Perspectivas políticas de la escena latinoamericana. Diálogos en tiempo presente

Gustavo Geirola

Praxis teatral. Saberes y enseñanza. Reflexiones a partir del teatro argentino reciente

Alicia Montes

De los cuerpos travestis a los cuerpos zombis. La carne como figura de la historia

Lola Proaño - Gustavo Geirola

¡Todo a Pulmón! Entrevistas a diez teatristas argentinos

Germán Pitta Bonilla

La nación y sus narrativas corporales. Fluctuaciones del cuerpo femenino en la novela sentimental uruguaya del siglo XIX (1880-1907)

Robert Simon

To A Nação, with Love: The Politics of Language through Angolan Poetry

Jorge Rosas Godoy

*Poliexpresión o la des-integración de las formas en/ desde
La nueva novela de Juan Luis Martínez*

María Elena Elmiger

DUELO: Íntimo. Privado. Público

María Fernández-Lamarque

*Espacios posmodernos en la literatura latinoamericana contemporánea:
Distopías y heterotopía*

Gabriela Abad

Escena y escenarios en la transferencia

Carlos María Alsina

De Stanislavski a Brecht: las acciones físicas. Teoría y práctica de procedimientos actorales de construcción teatral

Áqis Núcleo de Pesquisas Sobre Processos de Criação Artística
Florianópolis

Falas sobre o coletivo. Entrevistas sobre teatro de grupo

Áqis Núcleo de Pesquisas Sobre Processos de Criação Artística
Florianópolis

Teatro e experiências do real (Quatro Estudos)

Gustavo Geirola

El oriente deseado. Aproximación lacaniana a Rubén Darío.

Gustavo Geirola
Arte y oficio del director teatral en América Latina
Tomo I: México y Perú

Gustavo Geirola
Arte y oficio del director teatral en América Latina
Tomo II: Argentina, Chile, Paraguay y Uruguay

Gustavo Geirola
Arte y oficio del director teatral en América Latina
Tomo III: Colombia y Venezuela

Gustavo Geirola
Arte y oficio del director teatral en América Latina
Tomo IV: Bolivia, Brasil y Ecuador

Gustavo Geirola
Arte y oficio del director teatral en América Latina
Tomo V: Centroamérica y Estados Unidos

Gustavo Geirola
Arte y oficio del director teatral en América Latina
Tomo VI: Cuba, Puerto Rico y República Dominicana

Gustavo Geirola
Ensayo teatral, actuación y puesta en escena.
Notas introductorias sobre psicoanálisis y praxis teatral

ErosBooks

Los Angeles – Buenos Aires

2024
